



## LA HISTORIA DE ANA | 1 SAMUEL 1, 2:1-21

---

*Antes de leer esta historia, lee el pasaje bíblico. Ten en cuenta que se trata de una narración y que se han tomado libertades para captar nuestra imaginación y ayudarnos a entender el contexto de la historia y el poder del Evangelio.*

Mientras espero pacientemente fuera del templo de Silo a que mi esposo haga un sacrificio, me inundan las emociones y los sentimientos que son difíciles de procesar porque son una culminación de la decepción, el sufrimiento, y el dolor, pero tengo esperanza al mismo tiempo. Miro el tabernáculo y pienso que este día debería ser una celebración alegre, en la que la oportunidad de hacer una ofrenda de comunión en honor al Señor y agradecerle sus misericordias debería ser algo que esperara hacer con mi esposo. Pero este día no es alegre. Con el tiempo, se ha convertido en un doloroso recordatorio de mi propia decepción y vergüenza. Como un reloj, cada vez que tenemos que ir al tabernáculo, se me recuerda que no soy suficiente.

Espero fuera del tabernáculo cerca de la segunda esposa de mi esposo, Penina, y sus dos hijos, que ríen y coretean mientras Penina los mira con orgullo y adoración. Estudio sus interacciones con anhelo. Uno de los niños me mira y sonríe. Es como si el niño supiera que estoy sufriendo. Llorando la pérdida de algo que nunca he tenido pero que he deseado durante tanto tiempo. Le devuelvo la sonrisa al niño. En ese momento, siento un inmenso vacío tan fuerte que apenas puedo respirar. Rápidamente giro la cabeza para que Penina no pueda ver las lágrimas que caen por mi cara.

Es culpa mía que mi esposo, Elcana, haya tenido que tomar otra esposa. Hace tiempo que supimos que no podía tener hijos. Sabíamos que teníamos que continuar la línea de la familia de Elcana, así que se casó con Penina. Mientras repito todo esto en mi cabeza, suelto un profundo suspiro mientras las lágrimas siguen rodando por mi mejilla. “¿Qué me pasa? ¿Por qué estoy rota? ¿Por qué esta mujer puede tener hijos y yo no?”

Paro de pensar en estas preguntas y veo a Elcana salir del templo para dar a Penina y a sus hijos su ración de carne. Mientras los observo interactuar, Penina me mira con una sonrisa socarrona en su rostro, una que dice “yo soy capaz y tú no”. Otro golpe en lo profundo en el que siento que no soy suficiente.

Entonces Elcana se acerca a mí y puede ver el dolor en mi cara. Me dedica una pequeña sonrisa mientras me da una ración doble de esa carne, quizás con la esperanza de que ayude a mi dolor. Quiero mucho a mi esposo y aprecio su gesto de darme un regalo extra, especialmente el día que visitamos el tabernáculo. Reconozco el sencillo gesto como la forma en que Dios sale al encuentro de mi vergüenza y mi tristeza en ese momento. Siento que una ola de consuelo me invade en el dolor de ese momento.

Año tras año, todo se convirtió en un ciclo de vergüenza. Me siento agotada por la espera, el dolor y el cansancio de desear hijos. He pasado tantos años anhelando tener un hijo, haciendo todo lo posible para conseguirlo. Elcana ve la desesperación en mis ojos. Arrodillándose a mi lado, me pregunta: “¿Por qué lloras, Ana?”. No entiende el dolor que siento y nunca lo entenderá. Me siento tan sola y derrotada. Sé que tengo plena fe en el Señor y quiero confiar en Él, pero no puedo escapar del dolor.

Lo único que puedo hacer es orar, así que me dirijo a la entrada del templo, lo más cerca que puedo estar del lugar sagrado, de Dios. La gente está alrededor de la entrada de la tienda de tela, los hombres entran y salen mientras otros se quedan fuera. Me arrodillo en el suelo polvoriento, sin importarme quién me vea. “Oh Señor de los Ejércitos Celestiales, si miras mi dolor y contestas mi oración y me das un hijo, entonces te lo devolveré. Él será tuyo durante toda su vida, y como señal de que fue dedicado al Señor, nunca se le cortará el cabello.”

De repente, oigo que alguien me grita. Es Eli, el sacerdote. “¿Tienes que venir borracha?” me reclamó. “¡Abandona el vino!” Abro los ojos llorosos y digo respetuosamente: “¡Oh, no, señor! Pero como estoy muy desanimada,

derramaba ante el Señor lo que hay en mi corazón. ¡No piense que soy una mujer perversa! Pues he estado orando debido a mi gran angustia y a mi profundo dolor.” Inclino la cabeza y espero la respuesta de Eli. Su voz se suaviza. “¡En ese caso, ve en paz! Que el Dios de Israel te conceda lo que le has pedido.” Una ola de alivio me invade: “¡Oh, muchas gracias!”. Sin duda, el Señor estaba conmigo en ese momento. Tanto si me da un hijo como si no, puedo poner mi confianza y mi esperanza en Él.

Mientras vuelvo hacia donde Elcana está comiendo, siento que una inmensa paz inunda mi alma. Miro al cielo, respiro profundamente y experimento una calma que no había sentido en años. Dios me ha encontrado en mi más profunda desesperación y me ha dado mucha esperanza cuando más la necesitaba. Sé sin duda que acercarme al trono de Dios en mi momento más oscuro me ha ayudado a encontrar la paz en mi dolor. En ese momento, ya no estoy enojada con Penina por su forma de tratarme. No siento resentimiento hacia Elcana por no entender cómo me sentía. Lo pongo todo a los pies de mi Padre. Soy apreciada y amada por Él. Él sabe lo que es mejor para mi vida. Hoy he tomado la decisión de entregárselo todo a Él y me siento libre para vivir mi vida sin poner mi esperanza en la promesa de un hijo, sino en la esperanza de quien Dios dice que es. Al comenzar nuestro viaje a casa, tengo una nueva alegría y esperanza por lo que está por venir.